



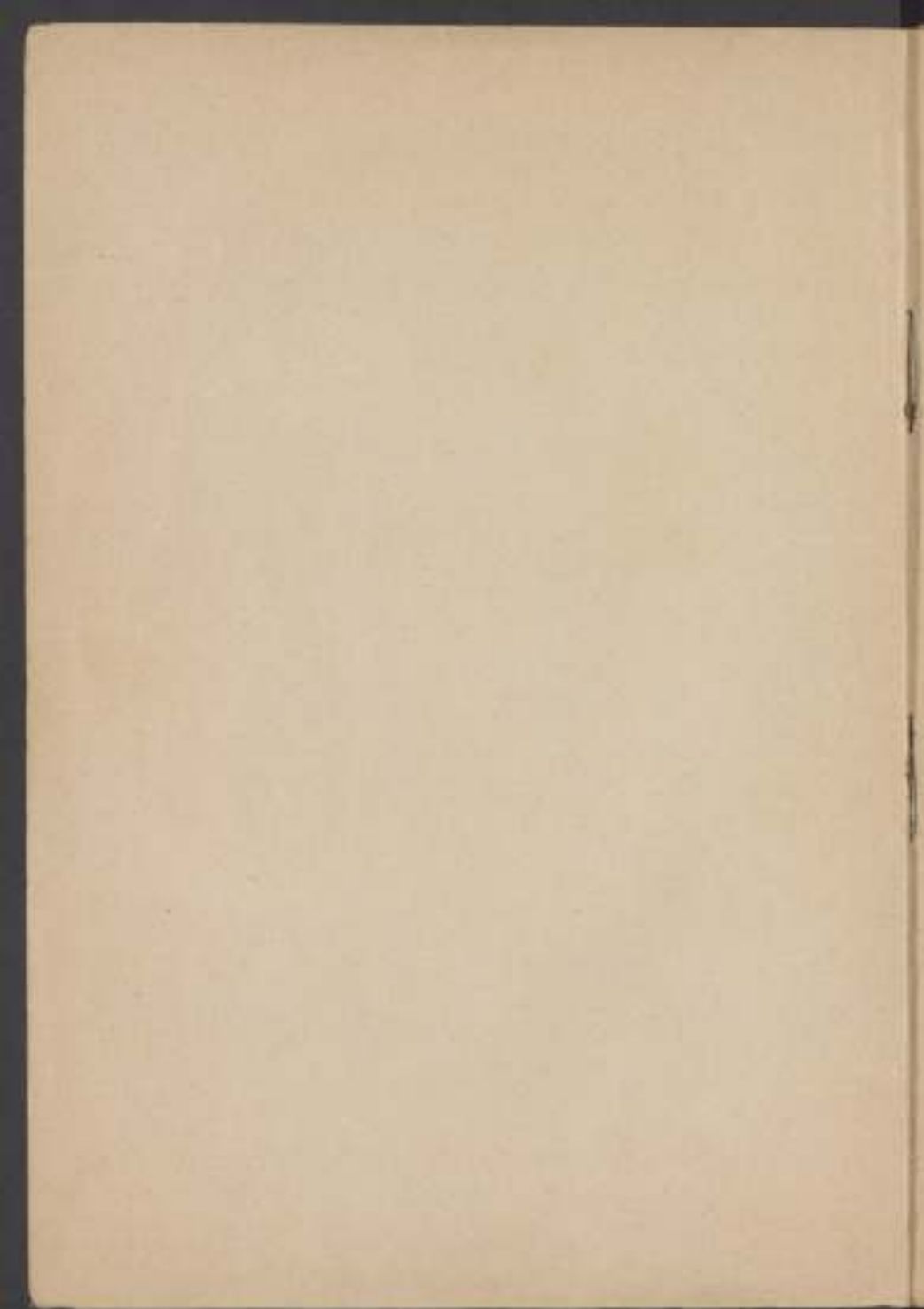
Soñadores de la gloria

Níquel C. Torres - Lía Torá

— PUBLICACION
SEMANAL —

50
GS

LOS
MEJORES
FILMS



Año II

Núm. 33

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz,
número 18 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18847
BARCELONA

SOÑADORES DE LA GLORIA

Emocionante cinedrama, hablado en español e interpretado
por MIGUEL C. TORRES, LIA TORÁ, P. ELLIS y ALFREDO
DEL DIESTRO, entre otros notables artistas

Es un film

UNITED ARTISTS



Distribuido por

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 60 y 62
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barnera, 16
Madrid: Evaristo-San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Arben, 133 - Teléfono 76307

Soñadores de la gloria

Argumento de la película

1

Sevilla. Un hotel de primer orden. Entra un joven elegantemente vestido, seguido de un señor de cierta edad y de otro joven con gorra y de porte un poco achulado.

El primero es Rafael, el matador de toros; el segundo don Manuel, su apoderado, y el tercero Currito, el mozo de estoques.

Rafael cruza el amplio vestíbulo.

De pronto, Currito lo detiene y le dice en un andaluz cerrado:

—Maestro, ahí la tiene usted.

—¿A quién?

—A esa mujer que le sigue a todas partes.

—No sé de quién me hablas.

—¿De quién ha de ser? De la Dama de la Gardenia, como yo la llamo, porque siempre lleva una gardenia en el pecho.

—¿Dónde está?

—A su izquierda.

Miró Rafael con disimulo en aquella dirección y vió que, en efecto, allí estaba la dama aludida.

Iba vestida con fastuosa elegancia y había en algo de misterio y de sensualidad en sus hermosos ojos.

Admiradora apasionada de Rafael, y dueña sin duda de una considerable fortuna, le seguía a todas partes para verlo torrear. Rafael no daba pie para que aquella mujer se mezclara en su vida, pues no quería exponerse a los peligros de una aventura amorosa. El amor lo guardaba él para una sola mujer, es decir, para aquella que realmente amara.

Por eso no sostuvo la mirada de la Dama de la Gardenia y se dirigió a la escalera, siguiendo al mozo del hotel, que iba a dejar el equipaje en las habitaciones que les habían destinado.

—Ya volvemos a estar en Sevilla, nuestra querida tierra — dijo don Manuel satisfecho.

—Y a fe que me alegro—dijo Rafael.

—Pues lo que es yo—exclamó Curruto—, si paso un mes más sin ver Sevilla, me muero. Y ahora mismito, si ustedes me lo permiten, voy a darle las gracias a la Virgen de la Macarena.

—Déjalo para otro día—repuso don Manuel—. Ahora nos haces falta.

A Curruto no le hizo ninguna gracia tener que permanecer allí "como un clavo"—usamos sus expresiones habituales—, cuando se estaba consumiendo de "ganitas" de darse una vuelta por la ciudad del Guadalquivir, para saludar a sus amigos, los dueños de los colmados y comprobar si la manzanilla que se expendía seguía siendo igual que el año anterior.

La manzanilla era la debilidad de Curruto, y don Manuel, que en eso estaba al cabo de la calle, no quería que el mozo de estoques cogiera una de esas "curitas" que le duraban dos días y que le habrían impedido estar lo debidamente despejado durante la corrida que había de celebrarse cuarenta y ocho horas después.

Disimulando su mal humor, empezó a abrir las maletas, mientras don Manuel decía al torero:

—A ver cómo te portas en tu tierra, Rafael. Hay mucha expectación por verte.

—Haré todo lo que pueda y más.

—Cuando tú dices eso, cortas orejas.

—Eso depende también de los toros. Usted sabe que cuando un bicho se empeña en no dejarse torrear, no se lo quita uno de encima ni con una ametralladora.

—Como aquel berrendo que le echaron en Alicante, maestro —recordó Curruto—. Uno no sabía si aquello era un toro o una

bailarina loca. ¡Mi madre y qué marrajo! Menos mal que el público se dió cuenta y empezó a gritar: "Que lo mate el ganadero!"

Rafael había sacado la pitillera y exclamó:

—Se me ha acabado el tabaco y no me he acordado de comprar.

—Eso se arregla en seguidita, maestro—dijo Currito—. Verá usted qué pronto le subo yo tabaco para una semana.

Pero cuando Currito estaba ya en la puerta, don Manuel le detuvo:

—Oye, tú, ¿adónde vas?

—Ya lo he dicho: a comprar tabaco.

—Déjalo, hombre, déjalo. Irás a comprarlo mañana. Aquí tengo yo todo el tabaco que Rafael quiera.

Currito hizo el mismo gesto que si acabara de beberse un vaso de vinagre.

Y en aquel momento se presentó Juan en las habitaciones de Rafael.

II

Juan era un íntimo amigo de Rafael. Habían estudiado juntos y fueron camaradas inseparables hasta que la vida los llevó a cada uno por un camino diferente. Rafael tomó el del arte taurino; Juan el de la literatura.

El visitante fué acogido con grandes muestras de afecto.

El torero y el escritor se abrazaron.

Juan y don Manuel se estrecharon la mano.

Y Currito profirió algunas exclamaciones de alegría.

Charlaron largamente. Juan explicó a Rafael los éxitos obtenidos con sus últimos libros y Rafael no tuvo que darle cuenta de los suyos, pues éstos eran del dominio público gracias a la prensa.

—Supongo que vendrás a verme torear.

—Naturalmente. Y llevaré a Rosario.

—¡Pero, hombre! ¿Esas tenemos? ¿De modo que ya eres prisionero de una mujer?

—Y no me arrepiento de serlo.

—¡Claro! A todos los enamorados les pasa lo mismo. Por algo están enamorados.

—Cuando conozcas a Rosario, te convencerás que es una mujer excepcional.

—También eso lo dicen todos los enamorados.

—Crea que es lo mejor que puede ocurrirle a un hombre.

—No te lo censuro. Por el contrario, te felicito.

—Mañana te la presentaré. Comeremos todos en casa de mi novia.

—Todos me parecen exagerado.

—A mí no me deje usted en tierra, maestro—advirtió Currito.

—Tú siempre pensando en lo mismo—le reprochó don Manuel.

—Pero ¿en qué pienso?—exclamó Currito cada vez más molesto por la insistencia que el apoderado demostraba en hacerle la "cuisca".

—Eso lo sabes tú tan bien como yo, Currito. Tú sólo piensas en remojarte el gaznate.

—¿Que yo pienso en...?

Y levantó el codo con ese gesto característico de los bebedores.

—Está usted muy equivocado, don Manuel.

—¡Si no nos conociéramos!

—Pues lo que es esta vez, le digo que, aunque me conozca, no me conoce.

Y Currito, la mar de enfadado, abrió las manos y elevó los ojos al cielo, como implorándole ayuda y paciencia.

Momentos después salía Juan del hotel y se dirigía a casa de su novia.

Rosario estaba tocando el piano en aquel momento, mientras su madre, sentada en un rincón, se hacía la dormida desde el momento en que viera entrar a Juan.

Este se acercó de puntillas y se detuvo a dos pasos de Rosario. Allí permaneció unos momentos inmóvil, escuchando religiosamente.

Rosario tocaba muy bien. Tenía una ejecución limpia y una interpretación llena de sentimiento.

Cuando hubo terminado, Juan exclamó:

—¡Magnífico! ¡Portentoso!

Rosario dió un salto sobre la banqueta y se volvió rápidamente.

—¡Buen gusto me han dado! No te he oído entrar.

—He entrado de puntillas porque no quería interrumpirte.

—Además, es tan tarde, que creí que ya no vendrías.

—Vamos al jardín y te explicaré por qué he venido tarde.

—La excusa de siempre. Te has encontrado con un amigo al que no habías visto hacía mucho tiempo.

—Exactamente.

—¿Lo ves? Ya lo he aprendido de memoria.

Mientras hablaban, se dirigían al jardín.

Se sentaron, como de costumbre, en un banco, cercano a la puerta. Y como ésta permanecía abierta, podía verse desde el interior, especialmente desde el estratégico rincón en que doña Carmen, que así se llamaba la madre de Rosario, se había situado.

—Pues, sí. Me he encontrado... ¿a que no aciertas con quién? —preguntó Juan.

—¡Cualquiera sabe!

—Es de Sevilla y famoso.

—¿Don Juan Tenorio, acaso?

—Algo de tenorio tiene—repuso Juan riendo el chiste—, pero no es el famoso don Juan.

—Buena, hombre. Dilo de una vez.

—Pues mi amigo Rafael, el torero.

—¿Rafael, el torero? No le conozco.

—¡Pero si hemos hablado de él muchas veces y estás cansada de ver su retrato en los periódicos!

—Eso no importa para que no tenga amistad con él.

—Pues la tendrás.

—¿Que la tendré?

—Sí. Mañana. Les he invitado a cenar aquí.

—Te advierto que no me gustan los toreros.

—¿Me vas a hacer quedar mal?

—Eso no, Juan. Si tú lo has invitado, bien invitado está. Y hasta te prometo que le pondré buena cara.

—Gracias, Rosario. En el mundo no hay dos como tú.

Y como queriendo demostrarle su entusiasmo, rodeó con un brazo los hombros de su novia.

En este momento, doña Carmen, que sólo tenía los ojos entornados, los abrió para gritar:

—¡Rosario!

Ella se desprendió rápidamente del brazo de Juan y éste se apresuró a retirarse.

—¿Qué, mamá?—preguntó la joven.

- ¡Cuidado no te constipes! ¡Hace ahí mucho frío!
- ¡Buena, mamá!
- Y Rosario y Juan se miraron como diciéndose:
- ¡Siempre tan oportuna!

III

La cena transcurrió en el ambiente más agradable.

Rosario pudo comprobar que Rafael era un hombre cabal y simpático.

Ella tenía cierta prevención contra los toreros, porque los creía unos fatuos, envanecidos por los aplausos del público.

Pero Rafael no era así.

Rosario lo reconocía muy complacida, porque Rafael era amigo de Juan, y ella, como profesaba un profundo afecto a su novio, no quería contrariarlo en nada.

Después de la cena, Rosario tocó el piano y, desde aquel momento, Rafael la admiró profundamente.

Currito, que por fin había logrado volver a probar los exquisitos vinos de su tierra, estuvo parlanchín y chistoso, haciendo las delicias de doña Carmen, a la que también le fué muy simpático el torero, así como su apoderado don Manuel.

El mismo día de la corrida fueron a ver enchiquerar los toros y por la tarde, mientras Rosarito y doña Carmen se arreglaban y ponían la mantilla, Rafael se vestía en sus habitaciones del hotel, con ayuda del dicharachero Currito.

—Estoy seguro de que esta tarde va a poner usted cátedra, maestro—dijo mientras le sostenía la larga faja.

—Por mí no ha de quedar.

—Es lo único que necesitaba oírle decir, maestro, para convencirme de que va usted a armar un alboroto.

Juan fué a buscar a su novia y a su futura suegra, cuando las dos mujeres estaban dando los últimos toques a su tocado.

—¡Bravo, doña Carmen!—exclamó el joven galantemente—. Nadie diría que es usted la madre de esta mujercita.

—Es lo que yo le estaba diciendo—declaró Rosario—. La tomarán por mi hermana mayor.

—Bien sé yo que Juan dice eso por halagarme—replicó doña Carmen—. Mis buenos tiempos han pasado, porque toda pasa en este mundo. ¿Cuándo recuerdo aquellas tardes de toros de mi juventud!... ¡Entonces había animación y mantillas en abundancia! Nadie iba a los toros sin su sombrero ancho, si era hombre, o su peineta, si era mujer. Nadie iba sin su coche adornado.

—Ahora también se ven coches adornados y mantillas, doña Carmen. También se ven grandes corridas como la que esta tarde vamos a ver.

—Pues ves usted lo que dicen los viejos aficionados.

—¿Que los toros eran más grandes?

—Esa es una de las cosas.

—Pues yo digo que me da lo mismo una arroba más que menos, pues el peligro no está en el volumen, sino en lo «cuernos».

—Sí, pero no es lo mismo.

—Se acabó la discusión—dijo Rosario—, pues se nos hace tarde.

Y se fueron a la plaza, que ya estaba de bote en bote.

Rosario llamó la atención al entrar en el palco y hubo un homenaje de miradas e incluso de aplausos por parte de los espectadores más próximos.

A los pocos momentos sacó el pañuelo el presidente y después de la entrega de la llave y del paseo de las cuadrillas, salió el primer toro, que correspondía a Rafael.

Este estuvo soberbio, toreando por verónicas e hizo arriesgadas filigranas en dos quites, que levantaron una tempestad de aplausos.

Al cambiar la suerte, Rafael cogió los palos y se fué hacia el toro, que estaba inmóvil en medio de la plaza.

Recto, paso a paso y sin perder la cara al bicho, se fué acercando hasta que sólo unos pasos lo separaban del toro. Entonces lo citó, y cuando se arrancó el cornopeta, Rafael le hirió un limpio quiebro dejándole el par prendido en todo lo alto.

Después le puso otro par de poder a poder, dando la cara y buscando el morrillo y finalmente otro de la misma clase que cerró el tercio y levantó un alboroto de palmas.

La faena de muleta no pudo ser más valiente ni más torera. Dió pases de todas las marcas: molinetes tan ceñidos que los adornos de la chaquetilla se iban quedando en los cuernos del toro, de pecho, por alto y por bajo y, sobre todo, cuatro naturales con

la izquierda, sin perder un centímetro de terreno, que hizo gritar de entusiasmo a los inteligentes.

Puso remate a la magnífica faena una estocada hasta el puño, de la que rodó el toro sin puntilla.

Se le dió la oreja y Rafael tuvo que dar la vuelta al ruedo, honores que en Sevilla tienen más importancia que en otras plazas.

Juan estaba orgulloso del éxito de su gran amigo Rafael.

Rosario aplaudió a rabiar y doña Carmen hizo los comentarios más halagüeños.

Entretanto, Currito y don Manuel, desde el callejón, habían seguido sin pestañear la gran faena del gran maestro.

—Ya lo decía yo, don Manuel—exclamó—. Nuestro matador ha puesto cátedra.

—Y que lo digas, Currito. Este año no cerramos la temporada con menos de noventa corridas. Y el próximo batimos el record.

En efecto, al mismo día siguiente empezaron a llover las proposiciones.

Pero don Manuel rechazaba la mayoría de ellas y aceptaba muy pocas, las que realmente convenían.

IV

Era una mañana de sol.

Juan fué al parque, como de costumbre, para reunirse con Rosario, cuando ésta saliera de la iglesia.

Aquella mañana ocurrió algo que conmovió a Sevilla entera.

Los periódicos deban la noticia de un desastre en Marruecos y los vociferadores lanzaban a voz en grito cifras de muertos y heridas considerables.

Se dirigía Juan al parque cuando compró el periódico y se detuvo en medio de la calle, impresionado por los detalles de la catástrofe.

Allí habían muerto centenares de españoles, allí esperaban millares de heridos la hora de un ansiado desenlace que pusiera fin a sus sufrimientos.

Las cábilas se habian rebelado durante la noche y cayeron silenciosamente, a traición, sobre los confiados soldados.

Si la catástrofe hubiera sobrevenido en un combate noble, frente a frente, Juan no hubiera pasado de sentir dolor, pero las circunstancias alevosas en que los hechos se habian desenvuelto, le llenaron de indignación y hubiera deseado en aquel momento hallarse en la línea de fuego, con un fusil en la mano.

Cuando se reunió con Rosario, ésta advirtió su preocupación y su tristeza.

—¿Qué te pasa, Juan?—le preguntó con aquel interés que ella tenía por todas las cosas de su novio.

El, por toda respuesta, le entregó el periódico y le señaló la noticia de la catástrofe.

Rosario empalideció al leerla.

—¿Comprendes ahora por qué estoy triste?

—Sí, Juan. Es para estarlo.

—Es preciso que todos pongamos algo de nuestra parte para que esto no se repita.

—¿Qué quieres decir, Juan?

—Que para ir a África no debemos esperar que la suerte designe a los defensores de la patria. Debemos ir todos los hombres jóvenes espontáneamente.

Rosario no contestó. Muy profundo era su deseo de vengar a sus hermanos caídos bajo las armas de los moros, pero la posibilidad de que Juan expusiera su vida en el frente la llenaba de una inquietud que anulaba todos los demás sentimientos de su corazón sacudido por la tragedia.

—¿Nos vamos a casa, Juan?—preguntó Rosario.

—Sí. Es lo mejor.

Apenas cruzaron palabra por el camino.

Cuando llegaron, Juan se despidió de su novia sin llegar a entrar en la casa. Iba a visitar a Rafael y después volvería a casa de Rosario.

Se separaron y, aun no había llegado Juan al hotel, cuando Rafael se presentó en casa de Rosario, preguntando por su amigo.

—Pero si ha ido al hotel a buscarle—dijo Rosario.

—Entonces nos hemos cruzado en el camino.

—Seguramente.

—Volveré al hotel, a ver si lo encuentro.

—Pero con eso se expone usted a que allí le hayan dicho que venia usted aquí y él venga a buscarle.

—Es verdad. Nos volveríamos a cruzar, probablemente sin vernos y estaríamos toda la mañana así.

—Por eso lo mejor es que espere usted aquí, pues él tiene que volver.

—Si ustedes me lo permiten...

—Está usted en su casa—dijo doña Carmen con hospitalaria afabilidad.

—Basta que sea usted amigo de Juan—añadió Rosario—para que le consideremos un buen amigo.

—Eso es lo mejor que puede ocurrirle a una persona.

—Es usted muy amable.

Casi al mismo tiempo había llegado Juan al hotel y, al enterarse de que Rafael había ido a casa de su novia a buscarlo, emprendió el regreso inmediatamente.

Al llegar junto a la reja se detuvo. Tenía que decir a Rosario algo muy importante y quería estudiar el modo de decírselo. Entonces oyó una frase que le distrajo:

—Juan está hoy muy preocupado.

Era Rosario la que había pronunciado estas palabras, Rosario, que hablaba con Rafael al otro lado de la reja.

Aun sin querer, tuvo que escuchar.

—¿Por qué?—preguntó Rafael.

—Por lo de Melilla. ¿No se ha enterado?

—Todavía no he tenido tiempo de leer el periódico, pero tengo noticias de que ha ocurrido algo muy grave.

—Sí. Hacía muchos años que no había ocurrido nada parecido. Los muertos se elevan a varias millares.

—Eso hay que arreglarlo de una vez. De lo contrario, estaremos siempre así.

—Así piensa Juan.

—Hay motivo para estar preocupado.

—Pero no para pensar en marcharse a la guerra.

—¿Eso ha dicho?

—No lo ha dicho claramente, pero lo ha dado a entender.

—Es muy propio de un hombre como Juan. Debe usted felicitarle de estar prometida a él.

—¿Cree usted que puedo alegrarme de que se vaya a jugar a la vida?

—Alegrarse, no; pero sentirse orgullosa, sí.

—Ni eso siquiera.

—Aunque me lo asegure usted no puedo creerla. Usted admi-

rará mucho más a Juan después de haber expuesto la vida por la patria. Porque por encima de esas inquietudes naturales, está el deseo de que la persona amada realice una obra grande de generosidad y sacrificio.

—Hay muchos modos de hacer cosas grandes.

—Pero como éste ninguno. Esto es lo más hermoso y admirable que un hombre puede hacer.

—Tal vez, pero preferiría que se quedara...

—Si él quiere marcharse, no le quite usted esta oportunidad. ¡Ojalá sintiera yo este mismo impulso patriótico, porque no es lo mismo jugarse la vida en una plaza de toros, que en el campo de batalla! ¡Noble y magnífico impulso el de Juan!

Rosario no contestó.

Y Juan permaneció un momento pensativo.

Rafael acababa de fortalecer aquella decisión que ya había tomado.

Y para que volverse atrás fuera imposible, se marchó en aquel mismo momento a alistarse.

V

Ya estaban las tropas formadas para dirigirse al muelle y tomar el buque que había de conducirlos a África.

Había llegado para Juan el momento difícil de la despedida.

Con Rosario y doña Carmen estaban Rafael y don Manuel.

Así se lo había suplicado Juan a su amigo. Si ellos los acompañaban, soportarían mejor la despedida que encontrándose solos.

Ya estaban las tropas formadas cuando Juan, vestido de soldado, entró en casa de su novia para despedirse.

Se desarrolló una escena emocionante. Por primera vez, Rosario se arrojó en brazos del amado y rompió a llorar, dejando así que su pena se deshiciera en lágrimas.

Después el soldado estrechó la mano de doña Carmen y cuando Rafael le tendió la suya, Juan la retuvo mientras le decía:

—Un ruego, Rafael. Si Dios quiere que no vuelva, prométeme que Rosario no se verá abandonada.

Y Rafael prometió:

—Así lo haré. Puedes marcharte tranquilo.

Don Manuel le deseó mucha suerte y Juan salió de aquella casa donde le pareció que el corazón se le quedaba hecho pedazos.

* * *

Apenas llegaron los refuerzos, tuvieron que intervenir.

Juan combatió con tanta serenidad y valentía, que su primera intervención le valió una condecoración y un ascenso a cabo.

Entretanto, en Sevilla, don Manuel y Currito se mostraban muy preocupados.

Rafael no era el mismo. ¿Qué había ocurrido para que se operara en él aquel cambio?

Eso sólo el torero lo podía saber, pues no comunicaba a nadie sus preocupaciones.

Sin embargo, no hacía falta ser adivino para comprender que Rosario, aunque involuntariamente, tenía algo que ver en todo aquello.

Desde que Juan partiera para Melilla, Rafael no había dejado de ir a visitar un solo día a Rosario.

Y aquellas visitas producían en él un estado de excitación extraño.

El día en que tuvieron que marcharse de Sevilla, Rafael se presentó en el cuarto del hotel embriagado.

Don Manuel no le había visto beber desde que tomó a su cargo los asuntos administrativos del torero.

—Pero ¿qué significa eso, Rafael?—exclamó sin ocultar su indignación—. ¿Es que has perdido el juicio?

—Déjeme en paz, don Manuel. No tengo ganas de sermones.

Don Manuel calló, pero desde aquel momento temió por la carrera de Rafael.

¿Estaría enamorado?

¿Estaría enamorado de la novia de su amigo?

Algo le decía a don Manuel que ésta era la causa del cambio experimentado por el torero.

Y como conocía muy bien a Rafael, suponía la intensa lucha que se habría entablado en su alma entre el deber y el amor.

De un lado, la pasión hacia aquella mujer; de otro, la fidelidad debida al amigo que se había marchado a la guerra.

Desde entonces, el torero bebía frecuentemente, incluso los días que tenía que torear.

Toda la autoridad y el ascendiente que don Manuel tenía sobre el matador de toros, fracasó ante la turbación espiritual de que Rafael daba abundantes muestras.

—Mira que lo que tú haces no está bien—le repetía una vez y otra—. Mira que los toros no perdonan y cualquier día nos vamos a llevar un disgusto. El torero ha de conservar sus facultades físicas tanto como su arte. Créeme a mí, que toda la vida ando entre toros y toreros y sé lo que son estas cosas.

Pero la respuesta de Rafael era siempre la misma.

—¿Qué quiere usted decir, que me matará un toro? Mejor: así terminaré antes.

Entonces don Manuel callaba. La contestación no tenía réplica.

¿Qué consejos pueden dársele a un suicida?

VI

Como todas las noches, Rafael había bebido.

Se acostó embriagado al amanecer. Y al día siguiente, a la hora de la corrida, don Manuel tuvo que entablar una lucha heroica para que el torero se levantara.

Como siempre, el apoderado y Carrito siguieron desde el callejón los incidentes de la corrida.

Desde el primer momento se dieron cuenta de que Rafael no estaba en condiciones de torear aquella tarde.

Le faltaba esa rapidez de movimientos, esa vista, esa agilidad que se hacen imprescindibles para lidiar un toro.

Y sucedió lo que tenía que suceder. Salió un toro nervioso, Rafael aguantó milagrosamente algunas embestidas traidoras, pero en una de ellas no jugó los brazos a tiempo y el toro le prendió

por una pierna y le zarandeó como si, más que hombre, fuera un pelele.

Rafael quedó tendido en la arena, que tiñó con su sangre. El semblante de don Manuel se había crispado dolorosamente y en la plaza se había hecho un silencio solemne y angustioso.

En un palco, una mujer había lanzado un grito de dolor al mismo tiempo que ocultaba su rostro en el varillaje de óscar de en abanico. Era la Dama de la Gardenia.

* * *

El doctor y sus ayudantes trabajaron febrilmente en la cura de urgencia. Ni Carrito ni don Manuel se separaron un momento de su lado.

Y todavía estaba Rafael bajo los efectos del cloroformo, cuando alguien abrió la puerta de la enfermería.

Era una dama que con el semblante densamente pálido y las ojos enrojecidos de llorar, avanzó hasta el lecho donde yacía el herido.

Permaneció allí un momento inmóvil, contemplando al torero, y después preguntó al doctor en voz baja :

—¿Hay esperanzas?

—No puedo decir nada todavía—contestó el doctor en el mismo tono.

Entonces la dama, desprendió de su pecho la gardenia que siempre adornaba su escote y la depositó en el lecho del herido.

Después se alejó silenciosamente, ahogando los sollozos que pugnaban por salir de su garganta.

* * *

Sin embargo, contra todos los pronósticos, Rafael curó de la gravísima herida.

¿A qué se debió el milagro?

Esta pregunta sólo Dios hubiera podido contestarla.

Sin embargo, cualquiera habría dicho que la favorable y rápida reacción experimentada por el herido, se debía a cierto telegrama que recibiera al día siguiente de la desgracia.

Era de Rosario, y en él leyó el torero estas palabras alentadoras :



Mientras hablaban, se dirigían al jardín.



La cena transcurrió en el ambiente más agradable.



Después de la cena Rosario tocó el piano.



Juan fué a buscar a su novia y a su futura suegra...



Ni Currito ni don Manuel se separaron un momento de su lado.



—Sí, Rosario. Yo también quiero ser digno de la admiración de una mujer, como lo es Juan.



En las mazmorras de una población indígena había sido arrojado como un fardo el cuerpo de Juan.



— ¡Qué hermosa estaba Rosario! ¡Qué contento iba Rafael!

Animo, Rafael. Ha de estar completamente bien en Semana Santa. Le invito a que veamos juntos la procesión.

La reacción no se hizo esperar. Fué como si en un esfuerzo de voluntad formidable y prodigioso, Rafael hiciera por sí mismo todo lo que la ciencia desconfiaba de poder hacer.

Y el día de la procesión, Rafael estaba en casa de Rosario, para verla pasar.

Fuó una entrevista enternecedora.

—Ha cumplido usted como un hombre—exclamó Rosario.

—¿Qué podrá usted pedirme que yo no haga?

Currito, para celebrarlo, había decidido tomar parte activa en la procesión, y cogió primero un cirio y después una "tajá" de las de padre y muy señor mío.

Don Manuel comentó:

—Currito todo lo celebra del mismo modo. Que Rafael está bien en la plaza, curda; que lo coge el toro y se cura, curda; que avanzamos en Marruecos, curda.

Y Currito repuso muy razonablemente:

—Con el genio que usted tiene, don Manuel, no sé qué sería de mí si no aprovechara estas ocasiones.

—Pues aprovéchate hoy, que mañana no vas a probar ni el agua.

Currito se marchó y doña Carmen y don Manuel se quedaron abajo, mientras Rafael y Rosario subían al piso para ver pasar la procesión.

La conversación recayó en Juan en seguida.

Rosario comentó con orgullo el comportamiento que su novio observaba en el frente.

—Es un verdadero héroe. Ha ganado ya varias cruces.

—Comprendo que le admire usted. Bien lo merece.

Quedó un momento pensativo y añadió:

—Voy a hacerle una confesión. Voy a contarle algo que nadie sabe.

Estaban en el balcón y hasta ellos llegaba el rumor de la multitud que se aglomeraba en la calle.

A lo lejos se oían las sactas que el pueblo iba cantando al paso de Jesús del Gran Poder.

Rosario había enmudecido. ¿Qué confesión iría a hacerle Rafael? ¿Acaso algo que ella no podía oír?

Y el torero dijo:

—Cuando me cogió el toro, durante los largos días de cama,

un pensamiento me dominaba hasta hacerme daño en el cerebro. "¿Qué pasaría si te murieras, Rafael?", me preguntaba a mí mismo. Y me contestaba "Pues que sería una muerte sin gloria." Y seguía pensando que yo era un hombre joven y que mi sangre hacía falta en otra parte, allí donde acaso Juan estaría en aquel momento derramando la suya. Y después de mucho pensar en lo mismo, me prometí marchar a la guerra si lograba salir con bien del trance de muerte.

—¿Eso se ha prometido?—preguntó Rosario con inocultable inquietud.

—Sí, Rosario. Yo también quiero ser digno de la admiración de una mujer, como lo es Juan.

Y no dijo el nombre de aquella mujer y Rosario no lo preguntó. ¿Acaso no sabía sobradamente a qué mujer se refería Rafael?

Estuvo a punto de traicionarse, estuvo a punto de decir a Rafael que no se fuera a Melilla. Pero ¿no habría sido ello una sinrazón, estando en el campo de batalla su prometido? ¿No habría parecido que...?

Y ni en el secreto de su pensamiento se atrevió a terminar la frase.

—Mire ya llega el Jesús del Gran Poder—dijo Rosario alegrándose de que aquella circunstancia le permitiera cambiar el tema de la conversación.

En efecto, allí venía el Jesús del Gran Poder, rodeado de una multitud que se atropellaba y se aplastaba en la estrechez de la calle.

Allí venía el Jesús del Gran Poder y Rosario le dirigió una mirada de imploración.

Le pedía ayuda para su conflicto interior, un conflicto inconfesable y tan íntimo, que le destrozaba el corazón y el alma.

VII

El encuentro de Rafael y Juan en el campamento fué emocionante.

—¿Tú por aquí, Rafael? ¿Qué significa eso? ¿Por qué no me lo habías anunciado?

En esto se oyó una voz que no era para Juan desconocida.

—Es que hemos querido darle a usted una sorpresa.

Juan miró al que así había hablado y exclamó:

—¿Carrito!

—El mismo que viste y calza.

—¿Tú también te has decidido a venir?

—Allá donde va el matador va el mozo de estoques.

—Lo malo es, Carrito, que aquí no hay colmados ni tabernas.

—¿Y que le diga usted, maestro! ¡Eso sí que es malo! No tendré más remedio que beber agua y ya sabe usted lo mal que me sienta.

—Bueno, hombre. Pero todavía no me habéis contado a qué obedece esta visita.

Rafael le explicó parte de lo que había ocurrido, callando todo aquello que, por referirse a Rosario, Juan no debía saber.

—¿De modo que todo obedece a una promesa?

—Ni más ni menos—repuso Rafael.

—¿Tan grave estuviere?

—Los médicos no confiaban en salvarme, mejor dicho, daban mi fin por seguro.

—Pues has tenido suerte.

—En efecto, he tenido suerte, porque ya te he dicho que yo quería la vida para exponerla por mi patria.

Entonces Juan se puso serio y le dió la mano a su amigo:

—Te felicito, Rafael.

Después estrechó la del mozo de estoques.

—Y a ti también, Carrito.

Hubo una pausa y preguntó Juan:

—¿Y no has pensado que si morimos los dos Rosario quedará desamparada?

—He pensado en eso y tengo confianza en que uno de los dos nos salvaremos.

—Eso es menester.

Callaron y Juan miró a Rafael de reojo, como si leyera en él algo extraño, algo que era una revelación para el enamorado corazón de Juan.

Después hablaron largamente sobre Rosario.

* * *

Aquella mañana, al llegar el correo, hubo carta para Juan y para Rafael.

Juan leyó la suya rápidamente y vió después cómo Rafael leía y releía la que había recibido.

Por la expresión de su semblante y por una intuición oculta que ni él mismo se habría podido explicar, Juan comprendió que aquella carta era también de Rosario.

Rafael, al darse cuenta de que Juan le miraba, se apresuró a doblar la carta y guardársela en el bolsillo interior de la guerrera.

—¿Qué te dice Rosario?—preguntó a Juan para disimular su turbación.

—La de siempre: que se alegra mucho de mis éxitos y que desea que vuelva pronto.

Se detuvo un momento y preguntó:

—¿Y a ti, qué te dice?

—¿A mí? ¿Quién?

—¿Quién ha de ser? La persona que te escribe.

—¡Ah! Pues nada de importancia. Es... un amigo.

—A lo mejor es una amiga.

—Hombre, no tendría nada de particular. No has de ser tú solo el afortunado.

Y no hablaron más del asunto.

* * *

—Hoy hay mar de fondo—decían los veteranos.

—¿Qué quiere decir eso de mar de fondo?—preguntó a uno de ellos Currúto.

—Pues quiere decir que vamos a tener jaleo.

—¿Por qué?

—Porque los moritos se ponen tontos.

—¿Y vamos a entrar en combate?

—Sí.

En efecto, aquel mismo día emprendieron una ofensiva que fué extraordinariamente penosa, pues la finalidad era desplazar a los moros de lo alto de una montaña.

Currúto sintió miedo al principio, pero pronto sintió una enor-

gía y un entusiasmo que le hicieron olvidar que estaba en peligro de muerte.

Lo mismo había ocurrido a Rafael y otro tanto ocurrió a Juan la primera vez que salió al campo de batalla.

Pero pronto vinieron sufrimientos y angustias mayores.

Cuando estaban muy lejos del campamento, en aquellas zonas yermas donde el sol abrasa, empezaron a sentir el martirio espantoso de la sed.

El agua que llevaban encima se les acabó pronto y se hallaban en una trinchera de la que no podían salir, porque, desde muy cerca, una ametralladora seguía las vidas con prontitud espantosa.

Y el sol seguía cayendo cada vez más a plomo.

Llegó un momento en que Rafael se ahogaba.

—No puedo más, no puedo más—decía.

Y se pasaba los crispados dedos por la garganta.

De pronto, Carrito, desesperado ante el sufrimiento de quien había sido siempre su protector generoso, preguntó:

—¿No hay por aquí ninguna fuente, señorito Juan?

—Sí la hay, y muy cerca. Al pie de aquella roca que apenas se halla a cien metros de nosotros, brota un surtidor.

—Pues tendremos agua.

Y dicho esto, Carrito salió de la trinchera antes de que pudieran sujetarlo.

A rastras llegó al surtidor y aplicó allí su cantimplora.

Desde la trinchera, Rafael y Juan seguían todos sus movimientos ansiosamente.

A su alrededor, la ametralladora trazaba círculos de fuego.

De pronto, Carrito se irguió con movimiento convulsivo y después se desplomó y quedó inmóvil.

—¡Le han herido!—exclamó Rafael.

—Sí—dijo Juan—. Y lo malo es que no se mueve.

—¡Malditos moros! ¡He de volar esa ametralladora!

—¡Quieto ahí, Rafael!

—¡No, déjame! He de vengar a mi fiel amigo.

Y con varias bombas de mano salió de la trinchera.

A rastras logró llegar adonde Carrito se hallaba tendido en el suelo.

Al comprobar que estaba muerto, le poseyó una desesperación que hubiera podido tomarse por un arrebató de locura y, poniéndose en pie, corrió hacia el emplazamiento de la ametralladora, lanzando bombas.

Pero lo que consiguió fué que también a él le alcanzara el mortífero abanico de fuego.

Fu entonces Juan el que sintió que su pecho ardía en loca indignación al ver en el suelo a sus dos amigos.

Dió orden a sus soldados de que le siguieran y, protegiéndose como pudo en las rocas y salientes del camino, se fué acercando a la ametralladora hasta que consiguió volarla mediante el certero lanzamiento de una bomba de mano.

Entonces se hizo en torno suyo un silencio de muerte, se acercó a Carrito y pudo comprobar que ya nada se podía hacer por su vida.

Unos pasos más allá se encontraba Rafael.

También se acercó a él y comprobó que, aunque vivía, tenía una grave herida en el pecho.

Le desabrochó la guerrera y entonces vió la carta que con tanta precipitación se había guardado después de leerla.

La tentación de enterarse de quién la firmaba le poseyó y se apoderó del sobre.

En seguida reconoció la letra de Rosario. Después leyó la carta y pudo comprobar que entre los dos existía una amistad estrecha y una simpatía inocultable.

Entonces volvió a guardar la carta en el bolsillo interior de la guerrera de Rafael, se echó a su amigo y rival a cuestras y lo condujo así al campamento antes de que fuera demasiado tarde para salvarle la vida.

VIII

—Hace falta un voluntario para llevar este mensaje a la Montaña de la Muerte. Allí se han refugiado un puñado de hermanos nuestros que están cerrados por los moros. De este parte depende que se salven o perezcan.

Así había hablado el oficial del regimiento al que Juan pertenecía.

Y Juan, inmediatamente, había contestado:

—Yo llevaré ese parte.

Varias cabezas se volvieron a mirarle con expresión admirativa. El oficial le miraba también fijamente.

—Está bien, cabo Montes—le dijo—. Esta noche le entregaré el mensaje que ha de llevar.

Y Juan se fué al hospital a preguntar por Rafael.

Estaba fuera de peligro. Había desaparecido la gravedad de los primeros momentos.

Juan entró a visitarlo. Estuvo hablando con él y no nombró para nada la carta. No guardaba el menor rencor a Rafael ni a Rosario. Estaba seguro de la fidelidad y de la nobleza de los dos. Por mucho que se amaran, ni siquiera se lo dirían mientras entre los dos se interpusiera él.

Si el amor había prendido en ellos, ellos no podían ser culpables. El amor es como una sublime enfermedad que cae sobre el hombre de improviso y sin contar con su conformidad para contaminarlo.

¿Acaso Rafael no habría venido al frente precisamente para alejarse de la tentación y del peligro?

Y Juan callaba, escondía aquellos dolorosos pensamientos en lo más hondo de su noble corazón.

Para no inquietar al herido, ni siquiera le dijo que se había ofrecido para llevar aquel mensaje a la montaña que por algo habían bautizado los soldados con el nombre de la "Muerte".

Se despidió de Rafael con un apretón de manos y le dijo que acaso estaría algunos días sin poder ir a verlo.

Al salir del hospital, llevaba en el pecho la sensación de un estrujamiento extraño y cruel. Era como si una zarpa estuviera destrozando su corazón.

No quería vivir. La idea de haber perdido el amor de Rosario era más de lo que su alma heroica podía soportar.

¡Ojalá saliera con vida de la difícil empresa! ¡Pero ojalá también lograra hacer llegar el mensaje a manos de sus hermanos de lucha!

Ya que iba a morir, que su muerte sirviera para algo, es decir, no sólo para dejar el camino libre a Rosario y a Rafael.

Por la noche, se presentó el oficial a entregarle el mensaje.

Lo llamó aparte y le dijo fraternalmente:

—Voy a hacerle un ruego, cabo Montes. No lleve usted este mensaje.

—¿Por qué?

—Porque la empresa significa la muerte, una muerte segura de la que sólo un milagro podría salvarle. Usted ya ha hecho demasiado por España. Ahora, que exponga otro su vida. Le aprecio a usted y no quiero que pierda la vida en una acción para la que fácilmente encontraremos otro voluntario. Créame: usted ya ha hecho bastante, ha cumplido su misión con creces. Renuncie. Yo me encargo de...

—Perdón, mi capitán—le interrumpió el cabo Montes, que hasta entonces le había escuchado en un silencio respetuoso—. Le agradezco mucho sus atenciones para conmigo y el interés que demuestra por mi vida, pero estoy decidido a llevar el mensaje.

—Piénselo, amigo mío. Morirá antes de llegar.

—Está pensado, mi capitán.

Aun insistió éste, pero, viendo que el cabo Montes estaba decidido a cumplir su palabra por encima de todo, le entregó el mensaje y le estrechó la mano.

—Mucha suerte, cabo Montes.

—Gracias, mi capitán.

—Partirá al amanecer. Cuatro soldados le acompañarán hasta las avanzadas.

—A la orden, mi capitán.

Se fué y el cabo Montes se acostó.

Apenas pudo conciliar el sueño. Hondas preocupaciones le dominaban. Pero no pensaba en lo que pudiera ocurrir al día siguiente, sino en lo que había ocurrido y era cien veces peor que morir en manos de los moros.

Pensaba en Rosario, en aquel amor que había perdido y en aquellos dos corazones que se amaban y que no quería sacrificar.

IX

A la mañana siguiente, apenas las primeras luces del alba apuntaron en el horizonte, salió Juan con los cuatro soldados y se lanzó a través de la zona del peligro.

Muy pronto se vieron en peligro de muerte. Los moros, parapetados detrás de las rocas, disparaban contra ellos.

Y como eran tantos, pronto los proyectiles formaron un mortal alud alrededor de sus cabezas, y tuvieron que ocultarse en las peñas que ponían en la yerma llanura una especie de erizada concha.

Pero de poco les sirvió parapetarse. Los moros estaban esparcidos por toda el valle y las balas procedían lo mismo de enfrente que del lado derecho y de este lado que del izquierdo.

De pronto los indígenas abandonaron sus refugios y empezaron a acercarse, ocultándose aquí y allá, en las depresiones y salientes del camino.

Pronto cayeron dos soldados de los cuatro.

Y uno de los que quedaban gritó:

—¡Estamos perdidos!

Entonces el cabo Montes exclamó:

—¡Valved al campamento!

—¿Y usted?

—Yo no quiero valver. Poy a ver si puedo pasar al otro lado del valle.

—Lo matarán, cabo Montes.

—¡Huid antes de que sea demasiado tarde!

Los soldados echaron a correr y Juan quedó solo ante el peligro.

Por unos momentos su fusil estuvo funcionando incesantemente.

Cada disparo era un moro que caía.

Pero con ello no logró sino retardar lo que forzosamente había de llegar más tarde o más temprano.

De súbito se dió cuenta de que estaba cercado por los moros y éstos iban a caer sobre él.

Un salto bastaría a los indígenas para sujetarle y hacerle prisionero.

Entonces, con rapidez y agilidad sorprendentes, sacó el papel del bolsillo, se lo llevó a la boca y se lo tragó.

Y en seguida, veinte hojas aceradas cayeron sobre él.

Ya estaba Rafael totalmente restablecido.

Todos los días preguntaba por Juan, sin lograr obtener una respuesta clara.

Por fin, el mismo día en que dejó el lecho, el capitán de la compañía a que pertenecían tanto Juan como él, le dijo la verdad:

—Juan no volverá nunca al campamento. Los dos únicos soldados que volvieron de la expedición, vieron desde lo alto de un montículo cómo los moros caían sobre él y lo acibillaban a machetazos.

Rafael empalideció. Aquella noticia significaba para él que podía amar a Rosario libremente, pero también que había perdido a su mejor amigo.

* * *

Estaban Rosario y doña Carmen trabajando en silencio en el patio de su casita, cuando don Manuel se presentó más contento que unas pascuas.

—¡Ya llega, ya llega!—gritó blandiendo un telegrama.

Rosario, presa de profunda emoción, se puso en pie.

—¿Quién? ¿Juan?

—No sé si Juan viene también. Es Rafael el que me anuncia su llegada.

—Seguramente vendrá Juan también—dijo Rosario, como para animarse a sí misma.

—Eso mismo me he dicho yo.

Pero Juan no llegó. Llegó Rafael solo.

Rosario estrechó su mano llena de emoción. Estaba intensamente pálido, mucho más delgado que cuando se fué y aun tenía que apoyarse en un bastón para andar, pues no había recuperado totalmente las fuerzas.

—¿Y Juan?—preguntó Rosario después de saludarle—. ¿Dónde se ha quedado?

Rafael bajó la cabeza.

Y aquella actitud y aquel silencio fueron para Rosario una trágica revelación.

—¡Hable, Rafael! ¿Qué le ha ocurrido a Juan?

Y Rafael repuso con voz opaca:

—Juan no volverá nunca.

Rosario permaneció un momento en silencio, inmovilizada por la angustia.

Después se echó a llorar.

Y doña Carmen, llorando también, la abrazó y besó su frente, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Pobre hija mía!

X

Don Manuel estaba muy contento.

Apenas los empresarios se habían enterado de que Rafael había vuelto del frente, le enviaron proposiciones para que reapareciera.

Una de ellas era ventajosísima: ciento cuarenta mil pesetas por diez corridas en Valencia.

El empresario valenciano pedía una respuesta telegráfica, y don Manuel daba el asunto por hecho.

Impaciente y nervioso, esperaba a Rafael para obtener su conformidad y enviar el telegrama de aceptación.

Don Manuel no ignoraba que otras preocupaciones absorbían la mente de Rafael, pero confiaba en que la tentadora oferta le decidiera a abandonar sus amores con Rosario.

Por fin llegó Rafael.

Don Manuel le mostró el telegrama.

Y el torero lo leyó y lo dejó sobre la mesa con un gesto displicente.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó.

—Pues que voy a contestar en seguidita aceptado.

—No vaya usted tan aprisa.

—Pero...

—Hay algo que podría hacerme retirar de los toros.

—¿Pero qué dices, Rafael?

—Lo que usted oye. Y ahora mismo voy a ver si me retiro o vuelvo a torrear.

—Entonces, ¿no puedo contestar hasta que regreses?

—No.

—Bien. Pero no tardes. Es preciso que la contestación llegue hoy mismo a Valencia.

—Hasta luego, don Manuel.

Y Rafael se marchó a casa de Rosario.

Todavía no se había atrevido a hablarle de aquel sentimiento, que Rosario no ignoraba, porque lo pregonaban sus ojos.

Un profundo respeto a la memoria de Juan los hacía enmudecer a los dos.

Pero ahora era preciso hablar claro.

Y Rafael, con voz dulce y respetuosa al mismo tiempo, murmuró al oído de la amada:

—Rosario, usted sabe que yo la amo hace mucho tiempo, usted sabe también lo que me ha hecho callar. Pero ahora ya no hay motivo para que calle.

Ella guardaba silencio. En sus manos de nieve había un temblor de emoción.

—Rafael—murmuró—. No hablemos de eso.

—¿Por qué no hemos de hablar? ¿Quién nos lo impide?

—No sé, pero una voz interior me dice que debemos callar.

—¿Ha olvidado usted lo que me dijo el pobre Juan al marcharse?

—No, pero...

—Me dijo: "Rafael, si yo faltara, cuida de Rosario." Si usted quisiera casarse conmigo, la voluntad de Juan se habría cumplido.

—Esperemos. Más adelante volveremos a hablar y...

—Rosario, es preciso que lo resolvamos en seguida. Esperando, nada vamos a ganar.

—Pero esa precipitación...

—No hay tal precipitación. Estoy bien seguro de que la amo y de que sabré hacerla feliz. Esta situación no debe prolongarse. Separados, nuestra vida es triste y solitaria. Unidos por los lazos sublimes del amor, podremos fortalecernos mutuamente y esperar una dicha que ha de llegar muy pronto.

—Es que hay otra razón para que yo no pueda aceptar lo que usted me propone.

—¿Cuál?

—La de que no quiero casarme con un hombre que se juega la vida casi a diario. No habría paz para mí pensando que podría matarle un toro.

—Esa dificultad desaparecerá desde el momento en que usted me dé el sí que tanto ansio. Porque desde ese momento habré dejado los toros.

Rosario permaneció en silencio. Ahora sí que no tenía nuevas razones que oponer a Rafael.

Y como también ella le amaba y no deseaba otra cosa que unir su vida a la del hombre amado, murmuró al fin:

—Como quieras y lo que quieras, Rafael.

Y don Manuel, que esperaba con viva impaciencia el regreso de Rafael para enviar el telegrama de aceptación, estuvo a punto de desmayarse cuando el torero le dijo:

—No acepto ese contrato ni ninguno.

—¿Qué quieres decir?

—Que no volveré a torcer.

—Rafael, ¿te has vuelto loco?

Y Rafael contestó:

—Sí, don Manuel: estoy loco... de alegría.

En las mazmorras de una población indígena había sido arrojado como un fardo el cuerpo de Juan.

Por uno de esos inexplicables caprichos de la vida, había curado de todas las heridas que el enemigo le produjo al hacerle prisionero.

Bien es verdad que los moros tuvieron interés en curarle, para que les pudiera decir los términos en que el desaparecido parte estaba redactado.

Pero Juan estaba decidido a sufrir todos los tormentos antes que pronunciar una sola palabra.

Le faltaba un brazo y todo su cuerpo estaba acribillado de heridas, una de las cuales casi le inmovilizaba una pierna.

Y todavía llegó más lejos su suerte. Las tropas españolas derrotaron a los moros en toda la línea y Juan se encontró un día con que la población indígena estaba a merced de los prisioneros, porque el enemigo la había abandonado.

Después de mil calamidades logró llegar a Melilla, donde fué uno más entre el aluvión de prisioneros que regresaban.

Pensando en Rosario y en Rafael, no se dió a conocer y regresó a su tierra de incógnito.

El mismo día de su llegada, cuando cruzaba en un coche la población, vió algo que fué para su alma como un zarpazo cruel.

En una iglesia entraba la comitiva de una boda.

¡Y los novios eran Rosario y Rafael!

—¡Pare!—dijo al cochero.

Y se apeó del vehículo.

Entró en el templo y se situó en una nave lateral, entre las sombras de una capilla.

Desde allí presenció todo el rito de la boda y vió pasar después el cortejo... y a los novios.

¡Qué hermosa estaba Rosario! ¡Qué contento iba Rafael!

Y el pobre tullido, apoyado en un bastón con su único brazo, vendada la cabeza, desfigurado el cuerpo por el azote de la guerra, lloró, lloró larga y silenciosamente.

—¡Nadie, nadie sabrá que vivo!—se dijo con firmeza.

Y cuando el llanto hubo aliviado su inmenso dolor, salió del templo y se dirigió a la estación, decidido a marcharse de Sevilla para siempre.

FIN

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Caballistas del Oeste	0'15 pta.
Aventuras Film.	0'15 »
Cowboys y detectives	0'15 »
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
El film de hoy	0'30 »
Exitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Ediciones Especiales.	1'— »

Ediciones BISTAGNE - GARANTIA DE EXITO

Números publicados:

- CHANDU, por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan
NO QUIERO SABER QUIEN ERES, por Gustav Froelich
y Liane Haid
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy
JALO, PARISI, por Joasette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Kiela, etc.
PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, Ernest Torrence, Lew Cody, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, etc.
ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow, Mae Clarke, etc.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakefield, Robert Forgherion, Renée Clama, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, Constance Cummings, Donald Dillaway, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, Mona Maris, etc.
SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, John Boles, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, Olga Blackova, Nell Hamilton, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, Hans Reimann, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, Nell Hamilton, Lewis Stone, Walter Huston, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, Alison Skipworth, Ferdinand Gottschalk, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emilyn Williams, Belle Chrystall, D. A. Clarke-Smith, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Oadd, John H. Roberts, Hugh Williams, Richard Bird, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, Kent Douglas, Richard Bennett, Irene Rich, etc.
ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel.
ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr.
PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante.
EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi.
AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonso (Gilbert Roland).
LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly.
LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, etc.
UNA CLIENTE IDEAL, por René Lelevre.
DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon, Spencer Tracy.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

La amargura del general Yen

por Nils Aather, Bárbara Stanwick, etc.

BOLICHE

por Irusta, Fugazot y Demare, etc.

La vida privada de Enrique VIII

por Charles Laughton, Robert Donat, etc.

FRA DIAVOLO

por Stan Laurel, Oliver Hardy, etc.

EL PADRINO IDEAL

por Annabella y Jean Murat.

EL JUDIO ERRANTE

por Conrad Veldt, Peggy Ashcroft, etc.

EL HIJO DE LA PARROQUIA

por Dickie Moore, William Boyd, etc.

LETTY LYNTON

por Joan Crawford, Robert Montgomery, etc.

BARRIO CHINO

por Ruth Chatterton, James Murray, etc.

YO, TÚ Y ELLA

por Catalina Bárcena, Gilbert Roland, etc.

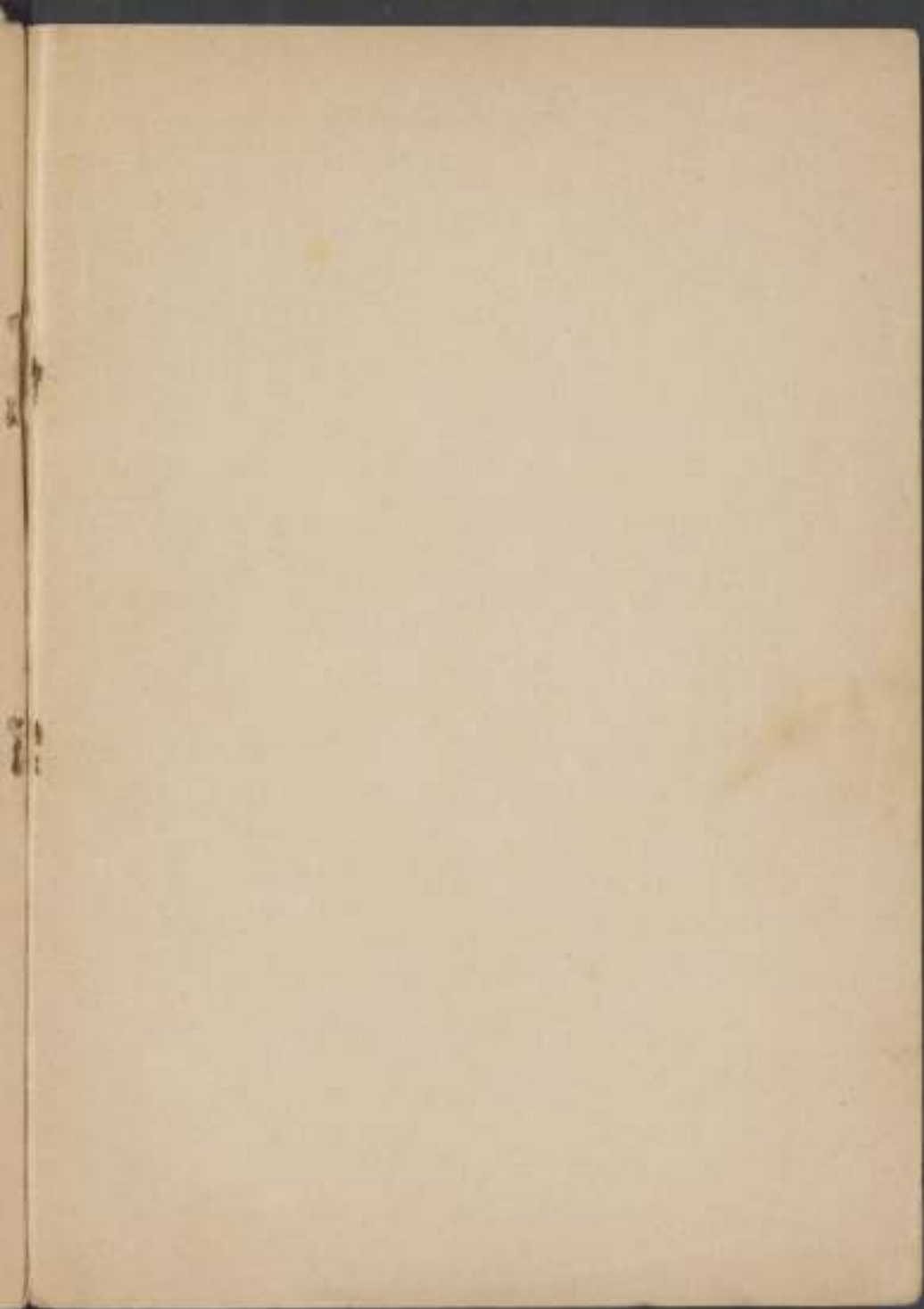
Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exlja siempre

Ediciones Bistagne
Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.

